



URCIVIEYA, UNA PLANTA DE ALTURA

Adelino Álvarez Rodríguez (†)

El fitónimo urcivieya me transporta en alas del recuerdo al principio de los años cincuenta del pasado siglo. Tenía yo entonces nueve o diez años y estaba pastoreando con mi padre un ható de ovejas en lo alto de la Fervencia¹. Al sur se extendían las escarpadas sierras de la Cabrera, y al norte, en toda su longitud, clausurado por la cordillera cántabro-astúrica, el accidentado y multicolor paisaje del Bierzo. El espectáculo debía de ser grandioso, pero a mis ojos de niño lo que le impresionó no fue aquel cuadro imponente, sino una planta, más bien pequeña, como correspondía a una altitud de más de 2.000 metros. Nunca la había visto antes en los alrededores del pueblo, por lo que le pregunté a mi padre cómo se llamaba. Recuerdo que él me contestó con una sola palabra: *urcivieya*. Con el paso del tiempo y mi temprano alejamiento del pueblo, se me desdibujaron completamente la forma y el color del arbusto y me quedé con el solo nombre. Fue mucho más tarde cuando unos amigos peñalbeses me presentaron de nuevo otro ejemplar de urcivieya, y pude ver que tenía un marcado parecido con la *urz*, el nombre berciano del *brezo* castellano. Posteriormente, con la ayuda de un experto botánico, llegué a averiguar que el nombre científico de la planta era *calluna vulgaris*, según la definición que John Hull dio de la planta en su obra *The British Flora* en 1808². Finalmente, pude ver que la urcivieya no solo vegetaba humildemente en el teso de la Fervencia, sino que adornaba las floristerías de Madrid en los últimos meses del verano y los primeros del otoño.

El término *urcivieya* es bien conocido entre la gente mayor de Santiago de Peñalba y Manzanedo de Valdueza, y es muy probable que también lo sea en otros lugares del entorno. Lejos del Valdueza, he podido documentarlo en Quintana de Fuseros, cerca de Igüña, en el noreste del Bierzo, es decir, bastante

lejos del Valdueza. En una lista de viejos particularismos idiomáticos de ese pueblo, consultable ahora por internet, aparece el término “*urcibiella*”, cuyo referente es descrito como «tojo, m. Planta perenne de la familia de las papilionáceas, variedad de aulaga, que crece hasta dos metros de altura, con muchas ramillas enmarañadas, hojas reducidas a puntas espinosas, flores amarillas, y por fruto vainillas aplastadas, con cuatro o seis semillas»³.

Dejando a un lado las diferencias semántico-botánicas con la urcivieya peñalbesa, se trata, evidentemente, de la misma palabra. Solo que el redactor del texto, al no distinguir en la pronunciación la *b* de la *v* ni la *ll* de la *y*, las confunde también en la escritura. En principio, se podría discutir si debe escribirse con *v* o con *b*; pero es indudable que debe escribirse con *y*, porque, en los años cincuenta, cuando yo la oí de labios de mi padre, no había un solo peñalbés que confundiera la *ll* con la *y*.

Un recorrido por los pueblos que separan el Valdueza de Quintana de Fuseros aportaría, a buen seguro, muchos ejemplos de mantenimiento del término en cuestión, probablemente con algunas diferencias de significado o asignación botánica, pero siempre dentro del reino vegetal.

Sin embargo, el recurso a los diccionarios resulta totalmente decepcionante. Nuestro término no figura ni en el copioso *Diccionario de autoridades* (1726-1739)⁴ ni en el académico actual⁵. Ni siquiera aparece en el CORDE, el banco de datos de la RAE que contiene unos 250 millones de registros desde los orígenes del idioma hasta 1974⁶. Tampoco figura en el *Léxico leonés* de María Soledad Díez Suárez, a pesar de sus aspiraciones a la exhaustividad⁷. Falta también en el monumental *Léxico del leonés actual* de Jeanick Le Men Loyer⁸. Y, pasando la cordillera cántabro-

astúrica, también se echa de menos en el *Diccionario general de la lengua asturiana* de José Luis Arias⁹.

En cuanto a su etimología, *urcivieya* es un término compuesto del sustantivo *urce/urz* y el adjetivo *vieya*, que, traducido a la lengua de hoy, sería *urce/urz vieja*. Es una formación semejante a la que tenemos en *aguardiente*, *hierbabuena*, *Nochebuena* o *paloduz*; es decir, sustantivo más adjetivo.



Urce/urz remonta, en último término, al latino *ūlicem*¹⁰, acusativo singular de *ūlex* (tercera declinación latina). Se documenta en un famoso pasaje de la *Naturalis historia* de Plinio el Viejo en el que describe el procedimiento para la obtención de oro mediante la técnica de la *ruina montium*. Probablemente esté pensando en nuestras *Médulas* bercianas. Tras el derrumbamiento de las montañas sometidas a este severo castigo, corrían juntas las partículas de oro y el agua terrosa de la gran demolición. Para separarlas, los ingenieros romanos las hacían pasar por un filtro vegetal que retenía el oro y dejaba pasar el agua. La planta utilizada para esta función era el *ūlex* (ablat. sing. *ūlice*), cuyo follaje, según Plinio, era parecido al del romero:

*Fossae per quas profluat [torrens] cavantur
–agogas vocant–; hae sternuntur gradatim ūlice.
Frutex est roris similis, asper aurumque retinens.*

(Se cavan zanjas por las que corre [el torrente terroso] –las llaman *agogas*–; y estas zanjas van cubiertas de *urces* en tramos sucesivos. Su follaje es parecido al *romero*; son ásperas y retienen el oro).

Ūlex es en latín masculino, y masculino sigue siendo hoy para muchos de los usuarios en el noroeste peninsular. Aparece también como masculino en el *Diccionario de autoridades* y en el académico actual. Sin embargo, en muchas partes del Bierzo y de la Maragatería es femenino, y eso explica la forma femenina del adjetivo que lo acompaña en *urcivieya*¹¹.

Partiendo, como es imperativo en los estudios románicos, del acusativo latino *ūlicem* [ú:likē], en la época protorrománica (siglos VI-X), debió de escribirse *uleze* y pronunciarse [úledze]¹². Hacia el siglo XI se perdió la primera *e*, por lo que resultaría en la escritura *ulze*, y en la pronunciación [úldze]. El paso siguiente es la sustitución de *l* implosiva por *r* (siglos XI-XII). Este fenómeno es frecuente en muchas lenguas y dialectos. Un ejemplo muy cercano lo tenemos en el andaluz actual, en el que se produce sistemáticamente: *alma* > *arma*, *caldo* > *cardo*, *Huelva* > *Huerva*... En el español común, las palabras *pardo* y *surco* procederían, según Menéndez Pidal, de las latinas *pallidum* (> *paldo* > *pardo*) y *sulcum* (> *sulco* > *surco*). Si esto fuera así, solo haría falta añadir el caso *ulze* > *urze* a la diada pidaliana. Sin embargo, J. Corominas discrepa de esta forma de ver las cosas. Para él, *pardo* no deriva de *pallidum*, sino de *pardum*, que es en latín *leopardo*¹³. Y *surco* no procede directamente del lat. *sulcum*, sino del altomedieval *suco*, que habría resultado de la vocalización de la *l* en *i*¹⁴. Sin el acompañamiento de *pallidum* y *sulcum*, nuestra *urze* parecería quedar solitaria y desvalida. De hecho, Corominas excluye también el cambio *ulze* > *urze/urz*. Según él, también esta *l* vocalizó, dando lugar a *uze/uz*, forma, esta última, atestiguada en asturiano. No obstante, hay que señalar, frente a Corominas, que, si bien con la vocalización de la *l* implosiva se explican bien algunas cosas, como las formas (*a*)*zufre* (< lat. *sulphurem*), *cumbre* (< lat. *culmen*), ant. *duce* ‘dulce’ (< lat. *dulcem*) o ant. *suco* (< lat. *sulcum*), no se puede explicar la forma actual *surco* si no es a través de un tardío y latiniforme *sulco*, ni *urze*, si no es a través de un inmediato *ulze*¹⁵. Por otra parte, no siempre la *l* implosiva ha vocalizado: *polvo* (< *pulvus*), *olmo* (< *ulmum*). Tras el paso de *l* a *r*, el término en cuestión hubo de resultar *urze* en la escritura¹⁶, y [úrdze] en la pronunciación. En los siglos XII y XIII cayó la *e* final al menos en los estratos altos de la población, y fue entonces cuando se produjo la división entre los que mantenían la *e* etimológica y los que la omitían. En el siglo XIV asistimos a la recuperación de las *es*

finales cuando van precedidas de dos consonantes: *art* > *arte*, *cort* > *corte*, *veint* > *veinte*. El caso de *urz* es verdaderamente excepcional porque contradice esta norma. No existe, que yo sepa, en español en el conjunto de los apelativos (es decir, nombres comunes) y adjetivos otra palabra que termine en dos consonantes¹⁷. La *z* de *urze/urz*, pronunciada [dz] en los siglos altomedievales, se ensordece en los siglos XV-XVI, pasando a sonar ['s], con debilitamiento del componente oclusivo. El paso siguiente es la interdentalización moderna: *urce/urz* > [úrθe/urθ].



En los derivados de *urce/urz*, asistimos con frecuencia a la desaparición de la *r* en posición pretónica. Concretamente, en Peñalba existe el topónimo *Uceos*, que no es más que un debilitamiento de un ideal *Urcedos*, espacios donde abunda la *urz*. Este fenómeno se repite en otras palabras del español: *porcilga* > *pocilga*, *cirurjano* > *cirujano* (compárese con *quirúrgico*, de la misma raíz), *olmero* > *omero* (< lat. tardío *ulmarium*, derivado de *ulmum* ‘olmo’)¹⁸.

Hemos dicho que en la Península Ibérica *urce/urz* es un término típico de la zona noroccidental. Por su parte, Plinio el Viejo, buen conocedor de esta zona, le explica a sus lectores cómo es esa *urz* (en latín, *ūlex*). Eso invita a pensar que era una palabra desconocida en su Italia natal¹⁹. W. Meyer-Lübke en su famoso *Romanisches Etymologisches Wörterbuch*²⁰ atribuye las formas *ūlas*, *ules* y *ulza* a los territorios de Piacenza, Parma y Lunigiana, respectivamente, no muy alejados de su Como natal. ¿Son autóctonas estas formas o proceden del noroeste ibérico por la deportación poblacional que tal vez practicó Augusto tras su victoria sobre cántabros y astures? Sabemos que hubo una deportación interior, por la que se obligó a las gentes de las alturas a trasladarse a los llanos.

Sabemos también que itálicos de la Italia meridional vinieron a asentarse en el noroeste hispano. Sería interesante averiguar si gentes del noroeste peninsular fueron obligadas a trasladarse a Italia. Eso sugiere al menos la presencia de derivados de *ulex* en el norte de este país.

El segundo elemento del compuesto, *vieya*, es una forma típica del leonés, equivalente al castellano *vieja*. Remonta al latino *vetula*, diminutivo de *vetus*, por lo que en el buen latín significaba ‘viejecita’. Pero pronto perdió su valor de diminutivo para significar sencillamente ‘vieja’ (comp. con cat. *vella*, fr. *vieille*, gallego-portugués *vella/velha*, it. *vecchia*)²¹. Al ser sustituido por la forma castellana *vieja*, *vieya* ha acabado siendo un término opaco, refugiado en la fitonimia o toponimia. Antonio Astorgano me ha informado de que en Priaranza de la Valduerna hay un paraje denominado *Corrales vieyos*, donde el adjetivo todavía conserva cierta inteligibilidad, aunque no se use en el coloquio.

Vétula sufrió muy pronto la pérdida de la *u*, por lo que el resultado inmediato fue *vet'la*, forma, esta, extraña al oído romano, que no conocía la secuencia *tl*, por lo que muy pronto la *t* fue sustituida por la velar *c* [k], más acorde con la fonética del latín. Sin embargo, esta *c*, según indican los resultados románicos, no iniciaba sílaba, sino que la cerraba; es decir, era implosiva (*vec-la*) y posteriormente vocalizó en *i* (*veila*). A continuación la *i* palatalizó la *l* y acabó desapareciendo (*veila* > *veilla* > *vella*). Aproximadamente por los mismos años, la *e* de *vécla* se abrió en la pronunciación, dando lugar a [é]. El protorrománico [véla] evolucionó después en leonés a [véja], cuya palatal no ha sufrido ulterior evolución. En Castilla, esa [λ] evolucionó a [ʒ]; [ʒ] a [j], y [j] a [x]. En los dos dialectos [é] diptongó en [je], por lo que el resultado final es leon. *vieya*, cast. *vieja*.

Nos queda por explicar la primera *i* de *urcivieya*, ya que la forma altomedieval tenía que ser *urze*. Pues bien, hay dos factores que explican suficientemente el cierre de la *e* en *i*. El primero es la *i* semiconsonántica de la sílaba siguiente, que es tónica. El fenómeno es normal en todo el español: *semiente* (< lat. *sēmentem*) > *simiente*, *cemento* (< lat. *caementum*) > *cimiento*, *tenieblas* (< lat. *tenebras*) > *tinieblas*, *afición* (< lat. *affectionem*) > *afición*. En los siglos XV y XVI es frecuente encontrar *lición* ‘lección’, *perfición* ‘perfección’, *complisión* ‘compleción’...²². El segundo es la tendencia, ya presente en latín, a terminar en *i* el primer elemento del compuesto: *barbilampiño*, *cariacontecido*, *carirredondo*, *manirroto*, *patituerto*, *patizambo*... Ya la antes referida *Appendix Probi* (siglos III-VI) critica en el latín el uso de *aquiductus* por *aquaeductus*.

En cuanto a la fecha de formación del compuesto, todo apunta a que es anterior a los siglos XII y XIII. La razón es que la apócope de la *e* precedida de dos consonantes, que daría lugar a la forma berciana *urz*, se produce en esos siglos, y en *urcivieya* aún se conserva la vocal, aunque cerrada en *i*²³.

Cabe, finalmente, preguntarse por qué los bercianos estigmatizaron a la bella *calluna vulgaris* con el calificativo *vieya*. Evidentemente, en la *calluna vulgaris*, hay ejemplares viejos y jóvenes, como en todo organismo vivo. Hay que pensar que con el adjetivo *vieya* no se hace referencia a la edad, sino a una característica de la planta por comparación con su congénere la *urz*. Y es que, comparada con la *urz*, la *urcivieya* aparece como más débil. Un paisano de Manzanedo de Valdueza me lo confesaba abiertamente, y daba como razón concreta que la *urcivieya* no tenía «cepo»²⁴, como la *urz*. Como compensación, añadía que la comen muy bien las cabras y las vacas. Probablemente será porque sus hojas son más blandas; lo que es también un indicio de mayor debilidad. Esta idea está también presente en la denominación *brecina*, usual en tierras salmantinas²⁵. El *brezo* no solamente se ha hecho femenino, sino también más pequeño, con el sufijo diminutivizador *-ina*.

* Fotografías de autor desconocido facilitadas por Adelino Álvarez. Por desgracia, cuando se maquetó este artículo Adelino ya había fallecido y no pudo revisarlo ni indicarnos los pies de las imágenes.

¹ Fervencia es el nombre de la sierra más próxima al pueblo de Peñalba; es la continuación hacia el sur del valle de Friguera, paralelo oriental del valle de Silencio.

² Linneo la había definido anteriormente en su *Species plantarum* (1753) como *erica vulgaris*. En la fitonimia hispana recibe, según nos informa Ginés López en su *Guía de los árboles y arbustos de la Península Ibérica y Baleares*, los nombres de “brecina, brezo común, urze; cat. bruguero-la; eusk. ainarra arrunta; gall. urce do monte; port. mogariça, barba-domonte”. V. Ginés López, *Guía de los árboles y arbustos de la Península Ibérica y Baleares*, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, Barcelona, Méjico, 2007, p. 691.

³ Debo a Fernando Álvarez-Balbuena la indicación de esta fuente.

⁴ V. *Diccionario de autoridades*, ed. facsímil, Gredos, Madrid, 1964.

⁵ V. *Diccionario de la lengua española*, RAE, Madrid, 2014, 23.^a ed.

⁶ V. *Corpus diacrónico del español* (CORDE), Real Academia Española.

⁷ V. María Soledad López Suárez, *Léxico leonés*, Universidad de León, León, 1994, p. VIII.

⁸ V. Jeanick Le Men Loyer, *Léxico del leonés actual*, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, León, 2002-2012, 6 vols.; es consultable por internet.

⁹ V. José Luis Arias, *Diccionario general de la lengua asturiana*, Editorial Prensa Asturiana, Oviedo, 2002-2004; se puede consultar por internet.

¹⁰ R. Menéndez Pidal (*Manual de Gramática histórica española*, Espasa Calpe, Madrid, 1968, p. 157), el *Oxford Latin Dictionary* (Oxford University Press, 2005) F. Gaffiot (*Dictionnaire latin-français*, Hachette, Paris, 1934) consideran breve la *u* de *ulex*; Ernout-Meillet (*Dictionnaire étymologique de la langue latine*) y W. Meyer-Lübke (*Romanisches etymologisches Wörterbuch*) la consideran larga. Al ser un hápax y no aparecer en verso esta palabra en la literatura latina, carecemos de esta fuente fundamental de información. Pero los resultados romances del norte de Italia (*úlas, ules, ulza*) suponen una *u* latina larga. Menéndez Pidal, partiendo de *u* breve, explica aceptablemente la *u* de *uz* por vocalización de la *l* en la fase **olze* [oldze]; pero no tiene una buena explicación para la *r* de *urce/urz*. Gaffiot ignoraría probablemente los resultados romances del exótico *ulex*, por lo que optó por la forma no marcada: la breve. Los autores del *Oxford Latin Dictionary* presentan como breve la *u*, a pesar de conocer los resultados dialectales italianos. Tal vez se olvidaron de atender a los procesos románicos de vocalización. J. Corominas (*Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid, 1974) parte de *ūlex*, con *u* larga, y admite la vocalización de *l* para explicar la forma asturiana *uz*. Pero no explica satisfactoriamente tampoco la *r* de *urce/urz*.

¹¹ Los sustantivos de la tercera declinación latina, al no estar caracterizados morfológicamente en cuanto al género (su acusativo, sea masculino o femenino, termina siempre en *em/im*), acaban fluctuando en época romance: *el mar/la mar*; *el calor/la calor*; *el margen/la margen*, *el orden/la orden*, *el sal/la sal*, *el canal/la canal*...

¹² La secuencia [dz] suena como la *z* italiana en *zuchero* [dzúk:ero].

¹³ *Pardo*, originariamente sustantivo, ya en el siglo X funciona como adjetivo; v. Ramón Menéndez Pidal *et al.*: *Léxico hispánico primitivo* (siglos VIII-XII), Espasa Calpe, Madrid, 2003, s. pardo. Por otra parte, *pallidum*, en buena evolución romance, habría dado en leon. *payo*, en cast. *pajo* (o, tal vez, el semiculto *palio*), no *pardo*.

¹⁴ Aún quedan como testimonios de esa *l* vocalizada en *i* la *i* de *buitre* (< lat. *vulturem*) y la *y* de *muy* (< lat. *multum*).

¹⁵ Probablemente el topónimo peñalbés *Friguera* procede de *Felguera*, pasando por *Ferguera* y *Freguera*, lo que apoyaría la tesis de *l* implorativa > *r*.

¹⁶ Esta forma gráfica pervive todavía en portugués.

¹⁷ En los apellidos la situación es más compleja por su variada procedencia.

¹⁸ *Omero* es en castellano sinónimo de *aliso*. En Peñalba lo llamábamos *umeiro*: la *u* no procede de la vocalización de la *l* que sigue a la *u* breve, sino de la normal evolución de *u* breve a *o* en sílaba inicial. La *l* hubo de desaparecer por aligeramiento silábico en sílaba pretónica. El ulterior paso de *o* a *u* se debe a la indefinición tímbrica de *o* y *u* en sílaba átona, ayudado en este caso por la yod de la sílaba tónica (*olmeiro* > *omeiro* > *umeiro*).

¹⁹ Plinio el Viejo era natural de Como, en el norte de Italia. Sin embargo, *ulex* ha dejado también continuadores en la Italia norteña; no así en Francia ni en la España central y oriental.

²⁰ V. W. Meyer-Lübke, *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Carl Winter, Universitätsverlag, Heidelberg, 1972.

²¹ Sin embargo, la terminación *-ejo*, *-eja* todavía mantiene su poder diminutivo en algunos pueblos de Castilla-La Mancha.

²² V. R. Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, Espasa Calpe, Madrid, 1940, p. 69.

²³ Cabría, no obstante, la posibilidad de que la composición se produjera después de la apócope de la *e*; en ese caso habría que interpretar la *i* como un elemento de enlace entre los dos componentes, sin relación con la antigua *e* de *urze*.

²⁴ *Cepo* es aquí la raíz bulboide de la *urz*. Lamentablemente, el diccionario académico no recoge esta acepción, que es corriente en el Bierzo y la Maragatería. En este sentido se usa también en gallego y portugués, y no es ajena al asturiano.

²⁵ Agradezco a Juan José Bautista, buen conocedor de la flora salmantina, tan valiosa información.